

MIS MUERTITOS

El de la muerte es un asunto muy serio que no se debería tratar con ligereza. Eso para empezar. Bien, pero yo estoy segura de que para poderlo sobrellevar, para hacer más soportable algunas muertes cercanas “una mano misteriosa”, cada uno la llame como le dé la gana, nos “sazona” lo inevitable con algún tipo de alivio. Es una teoría, claro, y he tardado algunos años en desarrollarla, evidentemente a base de constatar los hechos. Pero, si tras este relato alguno aún lo duda, que me demuestre lo contrario.

La primera vez que me enfrenté con la muerte de un ser querido y cercano era aún una niña de 10 años. Sólo recuerdo la sensación de desconfianza que, ante el hecho inevitable que caía sobre nosotros, mostraban los mayores. No nos lo contaron, simplemente se limitaron a poner disculpas a la "no presencia" del fallecido. Para evitarnos el disgusto, dirían después. Pero los niños no son tontos y lo que hacíamos era provocarles la disculpa con preguntas cuya respuesta tenía que ser, forzosamente, una estupidez, porque a ninguno de nosotros se nos escapaba el hecho de que esa persona ya no volvería. Nos mondábamos de risa con la “tontería” que nos decía el mayor de turno y apostábamos a ver quien decía la más gorda, más original, más increíble. Y con ese juego soportamos el hueco que se quedó en nuestra vida infantil.

Después tuve conciencia real de la palabra “falta”. Ya tenía 15 años y realmente al ver bajar el féretro a la tumba supe que de ahí no salía. Traté de soportarlo con alguna “figura”, pero a esa edad, uno es muy místico e inestable y no encontré nada con lo que consolarme. Aún no había material para mi teoría.

Ésta empezó a tomar cuerpo bastante después cuando murió en casa una “tata” de toda la vida. Pasó más tiempo con nosotros que con los suyos y era

casi la abuela de la colección de niños que éramos. Tuvo a bien morir el 31 de octubre, lo que dificulta bastante la "operación entierro", dado que al día siguiente se celebra el día de todos los difuntos y la costumbre es ir a los cementerios. Pero las cosas son como son y no queda más remedio que aceptarlas. Se enterraría a la mujer el mismo día 1 de noviembre como era preceptivo.

Cuando llegamos al cementerio tras nuestro coche funerario desde el hospital y vimos que había más de diez coches como el nuestro y más de diez familias como la nuestra en el mismo trance, empecé a sospechar, que aquello podía dar lugar a una situación entre chocante y curiosa, base para mi futura teoría. Y así fue. Nos tuvieron que numerar. Y cada vez que partía un coche funerario camino de una tumba nos avisaban por un megáfono: ¡Coche número tres! ¡Familiares del número tres sigan al coche que está efectuando su salida! ¡Como en Barajas: despegaban hacia el infinito! Aquello ya me dio qué pensar. Y cuando llegamos al sitio y nos fijamos que, mientras enterrábamos a "nuestro muerto", justo al lado unos funcionarios estaban, pala en mano, vaciando tumbas -volaban los trozos de madera y los restos de crucifijo por el aire gélido de la mañana de noviembre-, acabé por convencerme de que "algo" nos mandaba aquella payasada para hacernos más leve el mal trago que estábamos pasando.

Mucho tiempo después, al morir una tía política, recobré el hilo que ya utilizara otras veces para ayudarme en la desgracia y lo convertí, definitivamente en una teoría.

Estaba yo una noche en casa, sin mi marido, perfectamente maquillada y arreglada para salir de cena, cuando sonó el teléfono y una voz familiar en estado de excitación me frenó en seco la salida prevista.

- Oye, ha llamado el tío diciendo, que cree que la tía se ha quedado muerta en el sillón. Dice que estaban los dos viendo la tele y que al cabo de un rato, se fijó en que llevaba mucho tiempo sin hablar y que ahora no le contesta... ¡Y que está muy quieta!

Francamente, sonaba fatal, por decir algo, porque lo que realmente me parecía era esperpéntico. Pero había que enterarse de lo que pasaba.

- Espera, que llamo al médico y ahora te vuelvo a llamar.

El matrimonio de tíos vivía fuera de Madrid. Llamé al médico de la localidad, que era amigo, y le pedí que subiera a la casa y mirara que sucedía y que luego me llamara de vuelta, para actuar en consecuencia. No había más familia a la que avisar. Viven solos y de su hijo no sabíamos nada. Pasaron unos minutos y yo me fui quitando los tacones y las medias, por si era cierto aquello. Y así era. Nuestro amigo médico confirmaba al cuarto de hora, que la tía había pasado a mejor vida sentadita en su sillón.

- Vamos para allá, le dije, lo justo para recoger a un familiar y salir.

Acabé de quitarme los trapos, avisé que no iba a cenar, recogí al familiar en su casa y partimos veloces carretera adelante. Llegamos a la casa y ahí estaba el tío con el médico, amigo, la tía aún el sillón y nosotras dos. Quitándome a mí, entre los tres sumaban más, mucho más, de 200 años.

Lo primero era quitar a la tía de allí. Su marido no servía, el familiar aportado tampoco, así que con ayuda del médico, amigo, transporté el cadáver hasta su cama y tratamos de colocarlo de la mejor manera posible. Había que llamar a la funeraria, aunque había también un par de inconvenientes que no facilitaban esa llamada, por otro lado, tan sencilla. Estábamos en un pueblo de 1.500 habitantes y eran más de las doce de la noche. No me quedó más remedio que llamar al enterrador a su casa, pues no había funeraria. Le saqué de la cama. Eso sí, el hombre no protestó y dijo que llegaba en un momento. Nuestro

médico, amigo, se despidió dándonos el pésame y dijo que pasaría a la mañana siguiente con el certificado. Y allí nos quedamos los tres esperando al enterrador que se presentó un rato después. Había tenido que venir andando.

Visto lo que tenía que ver, me pidió que le llevara al cementerio “a lo del ataúd”. Dejamos allí a los dos mayores, con el encargo de que trataran de encontrar al hijo y nos metimos en el coche.

Cuando llegamos al cementerio, además de un frío que cortaba el alma, estaba tan oscura la noche que tuve que alumbrarle con los faros del coche para que acertara a meter las llaves en el candado de la puerta. ¡Dos en plena película de terror! Entramos en la capillita y se puso en jarras ante un montón de ataúdes apilados que allí había a ver cual era el ideal.

- “Usté” dirá, señorita, cual es el más poprio para su señora tía.

A mí, francamente, me parecían todos iguales y mi experiencia en ataúdes era tan escasa que no me sentía con capacidad para ser yo la de la elección, pero ante lo inevitable de la situación, lo único que pude hacer es señalar torpemente con un dedo, que se negaba a asomar más allá del final de la manga, el que tenía enfrente.

- ¿Ése? ¡Si es muy pequeño mujer y muy barato! ¿Es que no se va a estirar algo más?

Estirar, lo que se dice estirar, no se me estiraba nada el dedo señalador, pero me sobrepuse a la especie de mezcla de nervios, malestar e incredulidad que me agarrotaba el hígado y señalé otro, aparentemente más grande y lujoso, que le pareció mucho más adecuado al enterrador.

- Bueno, pues ahora los trastos. ¿Qué quiere la señorita, cirios, luces, patas?

Me salió un hilo de voz que sonaba a “lo que Vd. quiera” y el hombre mirándome de arriba abajo, como si de un bicho raro se tratara, agarró una serie de aparatajes y muy decidido él, se encaminó a mi coche.

- Abra atrás, señorita, que echemos esto primero.

Como una autómatas, abrí el portón de mi coche –era una “Fiat Uno”, muy mono, pero muy escaso- y el hombre soltó su carga dentro.

- Habrá que echar esto “palante”, sino, no entra la caja, me dice con toda tranquilidad.

No es que no le hubiera entendido, clarito sí que hablaba el hombre, pero me pareció tan imposible lo que decía que no me paré a pensar en lo que inmediatamente después iba a llevar en mi coche y abatí el sillón de atrás como si aquella película no fuera conmigo.

- Vamos, que me tié que echar una mano, iba diciendo de vuelta al cementerio.

Y yo troté detrás de él, como si eso de pasearnos a las mil y monas de la noche por un cementerio cargando semejante material fuera mi normal actividad. Cuando vi que se acercaba al ataúd con evidentes muestras de agarrarlo y cargarlo en mi cochecito, me entró la flojera. Pero no fue eso lo peor. Lo peor del todo fue, que no me había fijado hasta ese momento, que aquel hombre era manco. ¡Ostras, me dije a mí misma! ¡Seré subnormal, ocho años viviendo aquí y hasta ahora no he caído que el enterrador es “Mariano, el manco”!

Pues sí, así era y entre él y yo, cargamos la caja en la parte de atrás del coche como pudimos, teniendo en cuenta las circunstancias. ¡Encima, no cabía y no podíamos cerrar el portón! ¡No me podía creer que me estuviera pasando a mí una cosa semejante! Me senté al volante con Mariano a mi lado y la cajita detrás deseando verme lo más lejos posible de allí. Enfilamos la carretera con sumo cuidado para que “nuestro bulto” no se saliera con los baches y las curvas y pidiendo a todo el santoral que no nos parara la Guardia Civil.

Pero no estaba la noche de suerte. Y al final del recodo apareció el jeep fatídico, que evidentemente nos paró según nos vio aparecer de semejante guisa y forma.

- Déjeme a mí, señorita, que a éstos ya me les conozco, decía Mariano, mientras yo mentalmente maldecía mi suerte y repasaba los papeles que me iban a pedir haciéndome cruces. ¡Menudo multón!

- Buenas noches, ¿dónde van ustedes así?

- Buenas noches, señor agente. Pues, ya ve, mi tía que....

- Señor guardia, oiga, que nos esperan para meter al muerto en la caja, que no hay más que decir, porque es una urgencia...

Yo me quería volatilizar, pero no me salía. El guardia había visto algo raro detrás, pero no se había percatado de que se trataba de un ataúd hasta que Mariano abrió la boca. ¡Se le puso una cara que daba terror mirarle!

- Pues sí, señor agente, que es que mi tía...

- Oiga guardia, ¿no pensará que vamos de romería con esto aquí “metío”?

Por momentos la cosa parecía ponerse peor que estaba. Yo no sabía qué hacer. Pero en eso se acercó el segundo Guardia Civil y viendo lo que vio, se apiadó de nosotros y le dijo al compañero, que nos dejara marchar, que no parecía estar el horno para “mantecados”. Es más, nos seguirían hasta la casa por si teníamos “algún problema”. ¿Algún problema? ¿Pero alguno más?

Así que acompañados de la escolta, llegamos a casa, y sacamos, ya con cierta destreza, la caja del coche. La Guardia Civil echó el resto y nos facilitó la labor. Entramos en comitiva Mariano y los guardias con la caja y yo con los “trastos” hasta la habitación ante la cara de estupor de los viejitos que habíamos dejado al cuidado. Nos quedaba la segunda parte, pero a ella no se apuntaron los de la Benemérita. Muy amablemente nos dieron el pésame y salieron de allí, pies para que os quiero.

Mariano y yo nos dispusimos a meter a la tía en la caja. ¡Menuda habilidad la del enterrador! Lo malo fue que no le gustó el sitio donde habíamos montado las patas y los cirios y una vez metido el cuerpo en la caja, ¡se empeñó en que había que cambiarla de sitio! Y me hizo sacar a la fallecida de nuevo, ponerla en la cama, “redecorar” la habitación y cuando a él le pareció que estaba bien, volvimos a meter a la tía en el ataúd. ¡Juntos no se pueden mover, porque pesan “como un muerto”!

Francamente, y volviendo a mi teoría, si no llega a ser por Mariano y por la Guardia Civil, ¿cómo demonios habría podido soportar yo aquella tremenda experiencia? Empecé a darle vueltas al asunto y a preguntar entre las amistades por pistas que me ayudaran a completar mis experiencias anteriores. No lo iba a necesitar. La definitiva, la del por si acaso, llegaría unos años después. A riesgo de que no me crea nadie, relataré esta nueva experiencia vivida entonces.

Yo tengo unos tíos segundos a los que hace mucho tiempo que no vemos porque no quieren que nadie les vea hacerse mayores. Muy respetable. Sabemos de su existencia y su situación por otros familiares. Es una situación aceptada por todos y no hay más que hablar.

Bien, pues el día anterior a Nochevieja, sonó el teléfono en casa de mi madre y una de las tías “inaccesibles” nos comunicó oficialmente, que su hermano estaba muy malo y que creía que se moría. Toque de urgencia y todos en pie a ver que pasa. Mi madre fue la primera en llegar a la casa, en la que nunca había puesto sus los pies. Desde allí nos llamó para confirmar que, efectivamente, está muy mal. No creía que pasara del día. Había que llamar a un médico: esta vez más que amigo, pues de mi marido se trataba para que se acercara a ver al enfermo. ¡Mala suerte! Estaba en quirófano y tardaría un par de horas en salir. Pasaban las horas. Mi madre, desde el piso de las tías, volvió a llamar.

- Está fatal, como tarde mucho tu marido, no llega a verle. Estoy escondida detrás de la puerta, porque no quiere ver a nadie. Ni siquiera a un médico.

¡Estamos apañados! Otra historia de difuntos que empieza mal, pensé yo. Media hora más tarde, al fin, llega el médico. No había nada que hacer. Estaba muerto. ¡Vaya por Dios! ¿Pero tan mal estaba? Pues sí. Parece ser que tenía un cáncer muy avanzado, pero no quería que le viera ni le tratara nadie, aunque su hermana estaba informada. Pero él era así y ella no quería contrariarle. Bueno, me dije: habrá que ir.

Cuando me abrieron la puerta de la casa, había tal atasco en el descansillo, que no podía entrar. ¿Serán visitas? No. Eran muebles. Todo el descansillo estaba lleno de muebles y cajas de cartón y paquetes.

- ¿Qué pasa aquí? Le pregunté a mi marido que con bastante dificultad se acercó hasta la puerta.

- Nada. Esto es así. Toda la casa es un almacén de cosas, paquetes y muebles. Parece ser que para evitar envidias entre los cuatro hermanos, todo lo tienen por cuadruplicado y como las cosas sólo se pueden usar de una en una, pues el objeto triplicado espera, empaquetado y etiquetado, a ser usado: cuatro tostadores, cuatro neveras, cuatro secadores del pelo, y suma y sigue.

Me fijé y efectivamente. Todo estaba lleno de muebles repetidos y objetos empaquetados. No había sitio ni para estar de pie. Entre paquete y paquete descubrí sentada en una banqueta ante la puerta de la cocina a una de mis tías, a su lado pegada, mi madre, de pie, aplastado contra la puerta del baño y apoyado en un paquetón, mi padre. Se oía a otra tía al fondo de la casa.

- Pasa, pasa, me dijo.

Y lo intenté. Quería llegar a darle un beso. Con dificultad dejé el descansillo, se apartó mi padre, para que pudiese doblar la esquina del pasillo, se apartó mi

madre para que pueda entrar en la sala y cuando lo conseguí ¡Zas! De bruces contra el difunto.

-¿Pero que hace aquí en mitad del salón, tirado en un colchón en el suelo?

Y me explicaron, que cuando se puso enfermo, se sentía muy solo en su habitación, así que sus hermanas le compraron un colchón y le instalaron en el salón, en el lugar que habitualmente ocupaba la mesita de centro, que quedaba ahora a un lado, entre los pies y las tres televisiones –una de ellas panorámica- que instalaron para que el enfermo pudiera verla a gusto. Me fijé y vi un espejo al lado de una de las televisiones.

- ¿Y esto?

- Es para que nos viera movernos por la parte del piso que queda más allá del salón. Así se sentía acompañado.

Yo no podía acceder a esa otra parte del piso, si no saltaba por encima del difunto. Así que me paré y le miré. Hacía por lo menos 20 años que no le había vuelto a ver pero no se podía negar que era el mismo de siempre. Me dió un escalofrío verle allí, en el suelo, con vaqueros y jersey verde y con una postura muy rara.

- Es que no hemos podido estirarle del todo las piernas, me dijo la tía. Y nos ha costado mucho ponerle las camisetas para que no pasara frío, pero sí le hemos puesto un buen jersey. Nuevo. Tu marido le ha quitado las etiquetas.

Miré a mi marido, el médico, y adiviné en su expresión que había sido él, el que le puso el jersey, los vaqueros y las camisetas contra el frío.

-¡Y las botas!, me confirmó bajito, y eso ha sido lo peor.

Sonó el timbre. Eran los de la funeraria. Casi no podían ni entrar. ¡Aquello ya parecía el camarote de los hermanos Marx! Mi madre, para disculpar aquel conglomerado de embalajes no se le ocurrió mejor disculpa que decirles que estaban de mudanza.

-¡Pues sí que es casualidad! Comentó con guasa.

Con evidente dificultad llegaron hasta el colchón: miraban incrédulos la escena. Sacaron sus papeles para que se pudiera elegir el ataúd pero buscando el más idóneo para la categoría del difunto se dieron cuenta de la estrechez.

-¡Aquí no podemos meterlo! No cabe.

El chico se tuvo que ir a consultar y al rato volvió con un compañero y una solución:

- Lo vamos a sacar en una camilla.

Bueno. Y bajaron a por ella. Para ayudar un poco, sacamos un par de sillas y un par de bultos al descansillo de la escalera. Eso permitió abrir del todo la puerta de la casa. ¡Las tías, “como motos”, al darse cuenta de la operación depeje se pusieron a protestar! ¡Sus enseres privados expuestos a ojos ajenos! Pero, no hubo más remedio que aguantarse: tampoco giraba la camilla. Vuelta a por otra que se pudiese doblar para poderla llevar hasta el salón. Pero, ¿habrá también que doblar al difunto, como a la camilla, para sacarle de allí? Porque había que sacarle de allí para meterle en el ataúd. Si no entraba una camilla, menos pasaba un ataúd. Consternación.

Para mí, las cosas se empezaron a poner “teóricas”. Dado lo tenso de una situación como ésta, el que hubiese que empezar a pensar en sacar al muerto de pie, no dejaba de darle un toque curioso al asunto.

- ¡Por Dios!, clamó una tía, al enterarse. ¡Pero le taparán la cara! Los vecinos,.... ¿qué van a decir?

- ¡Señora, por favor! ¡Si no se le va a ver! ¡Si traemos un “saco-sudario”!

Y dicho y hecho. En un momento, metieron el cuerpo en el saco, le “adosaron” la camilla a la espalda, para disimular y se encaminaron al descansillo de la escalera. Las tías iban detrás protestando; mi madre intentaba sujetarlas; mi padre, lívido. Yo,.... pues, yo.

Y van y llaman al ascensor. ¡Más valía así, que bajar todos los pisos a pie! Me tiré escaleras abajo. No me podía perder la llegada al portal.

-¡Mira que si hay un vecino que quiera subir!

Efectivamente, bajé el último tramo a toda velocidad y justo..... ¡Una niña y una mujer estaban esperando! No me dio tiempo a nada. Cuando me quise lanzar sobre ellas, para avisar, se abrió la puerta y ante sus ojos, los de la funeraria, sujetando al difunto, que se había escurrido hacia abajo, intentando hacerse con la camilla.

El grito se oyó en la azotea. El portero intentó remediarlo, los de la funeraria daban explicaciones, la señora estaba hecha un basilisco y la niña se mondaba de la risa. Ante la puerta del ascensor, el féretro abierto, esperaba su contenido. Costó un poco despejar la escena, pero finalmente la vecina permitió que saliesen todos del ascensor retirándose a un lado y sin dejar de regañar a la niña. Por la escalera bajó también el resto de hermanas desmelenadas y llorosas. ¡Maldición! Llegaron a tiempo de ver meter al difunto en la caja, lo que, por experiencia sé, que provoca los peores momentos. Así es.

En pleno “acto” se oyó un claxon desesperado.

-¡Es un coche que quiere pasar pero al que se lo impide el furgón!

El portero lo había visto, pero no quiso decir nada, dada la situación, pero parecía ser que el conductor llevaba ya un buen rato esperando - evidentemente, todo el tiempo que necesitó la operación de bajada-. Hubo que salir corriendo con el féretro sin cerrar bien y la tapa dando saltitos. Las tías bramaban.

- ¡No se vayan! Que no sabemos ir y queremos ir detrás del coche.

- Señora, no se preocupe. Mientras se suben en sus coches, damos vueltas a la manzana.

¡Estupendo!, pensé yo, ¡no hay nada mejor para matar el rato! Nosotros volvimos a subir. Había que llevarse los bolsos, cerrar la casa y bajar a la última de las tres tías, la que estaba sentada al lado de la puerta. ¡Se había quedado arriba!

- ¡Claro!, nos dice mi madre. Está parálitica. No puede andar. Se rompió una cadera hace un par de años. Iba con muletas, pero en la casa no podía moverse, primero porque no hay espacio con la cantidad de muebles y cosas que hay y después porque tenían las alfombras tapadas con plásticos para que no se estropearan y se le escurrían las muletas. ¡Y para no contrariar a su hermano y obligarle a quitar los plásticos prefirió sentarse y no moverse!

¡No me lo podía creer! Se queda parálitica por no hacerle un feo al hermano del colchón quitando los plásticos de las alfombras. ¡Era alucinante!

- ¿Y cómo la bajamos?, pregunté.

- Pues, no queda más remedio que bajarla sentada en una silla. Era la contestación obvia.

Me temí un nuevo numerito. Subió el portero y entre él y mi marido bajaron a la tía por el ascensor, sentada en su silla. No había nadie esperando abajo. ¡Tuvimos suerte! Aunque ya a esas alturas todo daba igual, porque el vecindario soliviantado con tanto acontecimiento, se había personado en el portal y todo eran comentarios y explicaciones.

Con evidente dificultad pasamos a la tía de la silla a la parte de atrás de mi coche –que ya no era el “Fiat Uno” mono y escaso- y tras despedirnos del amable vecindario, el portero y los tenderos del barrio partimos raudos hacia el tanatorio tras el furgón en una de las vueltas que le había dado a la manzana haciendo tiempo.

Conclusión. La situación podría haber sido de auténtica desesperación, pero se salvó gracias a ese cúmulo de vicisitudes que nos “ayudaron” a poner

nuestros cinco sentidos en salvar obstáculos y no en el fallecido, que estoy segura, estaba “haciendo unas risas” a nuestra costa, estuviera donde estuviera.